

EDICIÓN DE
MARGARET WEIS Y TRACY HICKMAN

Historias de Ansalon



CUENTOS DE LA DRAGONLANCE · VOLUMEN 3
minotauro



HISTORIAS DE ANSALON

CUENTOS DE LA DRAGONLANCE III

EDICIÓN DE MARGARET
WEIS Y TRACY HICKMAN

minotauro

© 1987 TSR, Inc.

© 2025 Wizards of the Coast LLC. All Rights Reserved. Licensed by Hasbro.

Originally published as *Dragonlance Tales nº 03/06 Love and War*

Wizards of the Coast, Dungeons & Dragons, D&D, their respective logos, Dragonlance, and the dragon ampersand are registered trademarks of Wizards of the Coast LLC in the U.S.A. and other countries.

All characters in this book are fictitious. Any resemblance to actual persons, living or dead, is purely coincidental. All Wizards of the Coast characters, character names, and the distinctive likenesses thereof, and all other Wizards trademarks are property of Wizards of the Coast LLC.

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

Copyright © 2025 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

Traducción: © Mila López

Rediseño de cubierta: Coverkitchen

Ilustración de cubierta: Henry Higginbotham

Revisado por: dtm+tagstudy

ISBN: 978-84-450-1133-1

Depósito legal: B. 10.589-2025

Printed in EU / Impreso en UE.

US. Canada,

Asia, Pacific & Latin America:

Wizards of the Coast, Inc. Way

P.O. Box 707

Renton, WA 98057-0707

+1-800-324-6496



European Headquarters:

Hasbro UK Ltd Newport,

Gwent NP9 0YH GREAT

BRITAIN

Visit our web site at www.wizards.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

ÍNDICE

PRÓLOGO	9
1. EL RELATO DE UN BUEN CABALLERO	13
Harold Bakst	
2. LA INSPIRACIÓN DEL PINTOR	41
Barbara Siegel y Scott Siegel	
3. DESTINO FATAL	73
Nick O'Donohoe	
4. JUGAR AL ESCONDITE	121
Nancy Varian Berberick	
5. POR EL CÓDIGO Y LA MEDIDA	165
Richard A. Knaak	
6. LOS EXILIADOS	191
Paul B. Thopson y Tonya R. Carter	
7. EL CORAZÓN DE GOLDMOON	251
Laura Hickman y Kate Novak	
8. LA HIJA DE RAISTLIN	327
Margaret Weis y Dezra Despain	
9. PLATA Y ACERO	377
Kevin D. Randle	
10. DEL AFÁN POR LA GUERRA Y SU FINAL	399
Michael Williams	

EL RELATO DE UN BUEN CABALLERO

Harold Bakst

En los caóticos años que siguieron al Cataclismo, cuando los atemorizados habitantes de Xak Tsaroth huyeron de su amada pero diezmada ciudad, vivía entre ellos cierto semielfo llamado Aril Viento Agostador, quien se dedicó a deambular por el mundo con un inmenso libro negro cargado sobre su espalda encorvada, mientras los demás buscaban sólo un lugar donde refugiarse.

Aun sin tan peculiar carga, que transportaba con una correa de cuero echada al hombro, Aril resultaba un tipo raro incluso comparado con otros semielfos. Aunque de constitución alta y esbelta, cabello rubio, piel pálida y ojos azules, parecía no estar interesado lo más mínimo en su apariencia y era evidente el desaliño de su persona: los zapatos los llevaba desabrochados a menudo, los fondillos de la camisa asomaban fuera de los pantalones y su cabello estaba por lo general revuelto y enmarañado. Era corriente que pasara varios días sin afeitarse, de modo que el fino y rubio vello facial le cubría las mejillas como una suave pelusilla. Por añadidura, llevaba unas gafas de cristales gruesos y montura metálica.

Todo esto, sin embargo, tenía una sencilla explicación: Aril era, según sus propias palabras, un estudioso. Más concretamente, era uno de los muchos folkloristas itinerantes que aparecieron en Krynn a raíz del Cataclismo y que recopilaban tradiciones, leyendas y costumbres populares.

—El Cataclismo amenaza con borrar nuestro rico pasado —explicaba con su voz suave pero entusiasta a cualquiera que le prestara unos minutos de atención—. Y, si la paz vuelve alguna vez a Krynn, queremos saber cuáles eran nuestras tradiciones antes de que sobreviniera la destrucción.

—¡Pero éste no es el momento de hacerlo! —era la brusca respuesta que recibía a menudo de algún viajero que huía con todas sus posesiones cargadas en un carro o incluso sobre sus espaldas y por lo general con la familia a remolque.

—Oh, sí. Es precisamente el momento indicado —contestaba el semielfo—. Antes de que muchas cosas se olviden a causa de los acontecimientos actuales.

—¡Bueno, pues que tengas mucha suerte! —solía ser la respuesta que le daban mientras los refugiados reanudaban la marcha hacia otro rincón de Krynn más seguro.

Sin desanimarse, el semielfo continuaba su recorrido a través de valles umbrosos, campos soleados y bosques sombríos. De vez en cuando hacía un alto en alguna posada que había salido indemne de la catástrofe, pasaba por campos de refugiados e incluso acompañaba a ejércitos en marcha, y en todo momento preguntaba a la gente con la que se encontraba si él o ella sabía alguna historia para recopilarla en su gran libro negro.

Con el tiempo, Aril llegó a la conclusión de que sus pesquisas solían tener mejores resultados con las personas mayores y, desde

luego, cuanto más ancianas mejor. Además de que había más posibilidades de que esta clase de gente mayor recordara una o dos historias, también se sentían más inclinadas a relatarlas. Quizá se debía a que acogieran con agrado la oportunidad de hacer un alto durante un rato para evocar recuerdos. O tal vez porque no tenían mucho con que contribuir al futuro de Krynn, pero sí a su pasado. Fuera por el motivo que fuese, Aril no tardó mucho en buscar exclusivamente a estas personas mayores, y su libro empezó a llenarse poco a poco de historias anteriores al Cataclismo, cuando en Krynn se había vivido lo que él llamaba la Edad de Oro.

Ponía a cada historia un título apropiado y acreditaba la fuente de información añadiendo a continuación: «... según relato de Henrik Valle Hellen, un enano panadero»; o «... según relato de Frick Fresno Caído, un humano leñador», y así sucesivamente.

A menudo, la gente le preguntaba a Aril cuál era su historia preferida, pero él se limitaba a contestar con la objetividad profesional de un científico: «Me gustan todas».

A decir verdad, sin embargo, si alguien hubiese sido capaz de leer su mente, habría descubierto que sentía predilección por una, que era la reseñada «... según relato de Barryn Warrex, un Caballero de Solamnia».

Ocurrió en un día de primavera particularmente hermoso, un día en que toda la naturaleza parecía gozosa y ajena a los trastornos políticos desatados a kilómetros de distancia. Aril cruzaba el terreno herboso y cuajado de florecillas de un valle cuando divisó a un caballero arrodillado en la base de la pared de una cañada. Por un golpe de suerte, el caballero era anciano.

—Perfecto —musitó el semielfo mientras se encaminaba despacio hacia el hombre y se detenía a unos cuantos pasos de él.

Al principio, el viejo caballero no pareció percatarse de que tenía un espectador y continuó de rodillas, con la cabeza inclinada en lo que podría ser un gesto de profunda meditación o tal vez porque estuviera elevando una plegaria respetuosa a los recientemente desaparecidos dioses de Kryn timer. A espaldas del anciano había un saliente en la pared, más bien una cueva que al parecer era su modesto, si bien temporal, refugio. No hay que olvidar que la Orden de los Caballeros de Solamnia se había desmoronado y había caído en desgracia a raíz del Cataclismo, y sus escasos miembros supervivientes se habían dispersado por los cuatro puntos cardinales.

A juicio de Aril, tales sucesos debían de haber tenido una gran repercusión en este hombre y quizá lo habían hecho envejecer antes de tiempo, ya que tenía el rostro consumido y macilento; su cabello estaba encanecido por completo a pesar de ser espeso; y las manos enlazadas ante sí eran sarmentosas, casi artríticas.

Con todo, todavía era patente en el hombre mucho del orgullo de la antigua grandeza de su Orden. Vestía armadura completa, una espada enorme pendía de su costado y el yelmo sin visor y el escudo yacían en una cercana roca plana. A pesar de estar arrodillado se advertía que era muy alto. Pero lo que más impresionó al semielfo fue el espeso bigote que lucía, un mostacho blanco y tan largo que las puntas retorcidas casi rozaban el suelo al estar en aquella postura postrada.

Aquel bigote guardaba mucho orgullo, se dijo para sí Aril mientras esperaba paciente a que el caballero terminara lo que fuera que estuviese haciendo.

El folklorista itinerante estaba convencido de que su presencia no había sido advertida hasta el momento y por tanto lo cogió

desprevenido que el caballero se dirigiera a él con una voz profunda y cansada, sin levantar la cabeza ni mover un solo músculo.

—¿Qué deseas?

—¡Oh! Lo siento —dijo el semielfo al tiempo que adelantaba un paso, con la espalda encorvada como si hiciera una reverencia, aunque la verdad es que se inclinaba por el peso del voluminoso libro—. No quería interrumpir nada, pero me gustaría hablar contigo si has acabado ya.

—Estoy meditando.

—Sí, ya lo veo. Pero quizá podrías reanudar la meditación dentro de un rato —sugirió Aril—. Esto no nos llevaría mucho tiempo.

El viejo caballero soltó un hondo suspiro.

—A decir verdad, no has interrumpido gran cosa —dijo, mientras abandonaba la rígida postura penitente—. Ya no tengo la concentración de antaño.

—¿Entonces podemos charlar?

El caballero se incorporó poco a poco, aunque resultaba evidente el esfuerzo que le costaba.

—¡Ag! He llegado a un punto en que ya no sé distinguir si lo que cruje es mi armadura o son mis huesos.

—Creo que esta vez ha sido la armadura —aseguró Aril con una sonrisa.

Ahora que el caballero se había incorporado, se hizo patente que, en efecto, era un hombre muy alto; tanto como el semielfo, que era un tipo muy espigado cuando no transportaba su libro. Cuando el caballero se volvió de cara a él, a Aril se le puso piel de gallina al fijarse en el brillante peto de la armadura, en cuyo centro aparecía grabada una rosa, el famoso símbolo de su Orden.

—Por otro lado, no me apetece mucho hablar —dijo el caballero con gesto ceñudo. Pasó ante el semielfo y tomó asiento en una roca; recostó la espalda en otra piedra y dirigió una mirada lánguida al cielo azul y las nubes blancas que asomaban entre las paredes del valle—. Soy un hombre de acción, no de palabras.

—Lo comprendo —respondió Aril—. Pero a mi entender te encuentras en un momento..., mmmm..., digamos en un paréntesis entre acción y acción. El asunto es que soy un folklorista...

—Aril Viento Agostador.

—Sí, en efecto. ¿Has oído hablar de mí? Me siento halagado.

El caballero observó con los ojos entrecerrados a aquel hombre larguirucho y rubio que cargaba un libro enorme a la espalda.

—En verdad eres un tipo raro —comentó.

—En el mundo tiene que haber de todo —replicó el semielfo, esbozando otra vez una sonrisa—. Sea como sea, sabes por qué estoy aquí.

—No me apetece hablar.

—Oh, debes hacer un esfuerzo. Un caballero como tú debe de conocer un montón de historias de actos heroicos y valentía. Fíjate que ésta puede ser una de las pocas oportunidades que se te presenten de dar testimonio de tu Orden antes de que el mundo la olvide.

Al principio el caballero se mostró indiferente. Pero después, a despecho de sí mismo, asumió una expresión reflexiva mientras se daba suaves tirones de la punta del bigote.

—Tal vez, pensándolo bien... —dijo despacio.

—¡Sí, piénsalo bien! —lo animó el semielfo a la vez que se dirigía a otra roca más pequeña y tomaba asiento en ella de manera que sus huesudas rodillas quedaban dobladas a la altura del pecho.

—Eres un tipo muy insistente —dijo el caballero, arqueando una ceja con gesto imperioso.

—Un folklorista tiene que serlo en los tiempos que corren —se justificó Aril—. Bien, lo primero es lo primero: ¿cómo te llamas?

—Warrex —repuso el caballero, cada vez más interesado. Incluso se apartó de la piedra en la que se recostaba y se sentó erguido—. Barryn Warrex.

—¿Warrex se escribe con uve o con uve doble?

—Con uve doble.

—Bien. Veamos, ¿qué vas a contarme? Apuesto que una historia de batallas épicas, castillos asediados, o misiones heroicas...

—No —respondió el caballero con gesto pensativo mientras se tiraba otra vez del largo mostacho—. No, creo que no.

—¿No? Entonces tal vez sea el relato de una lucha cruenta con un minotauro, o un duelo con un feroz ogro...

—No, no, tampoco, aunque he participado en esa clase de combates.

—¡En tal caso, debes contarlo! La gente querrá leer algún día esas aventuras caballerescas...

—¡Por favor! —instó con brusquedad Barryn, cuyos viejos ojos opacos centellearon coléricos—. ¡No me prestaré a esto a menos que estés dispuesto a escuchar la historia que *deseo* relatar!

—Por supuesto, por supuesto —se apresuró a aceptar Aril, adoptando una expresión contrita—. Perdóname. Eso es precisamente lo que quiero que hagas.

—Para un Caballero de Solamnia, al menos para este viejo Caballero de Solamnia, hay algo que es más importante, mucho más importante, que la valentía, el deber y el honor.

—¿Más importante? Caramba, ¿y qué es?

—El amor.

—¿Me vas a contar una historia de amor? Bueno, también es algo interesante —opinó el semielfo mientras movía la cabeza en un gesto de aquiescencia y mojaba la pluma en el tintero—. Un relato de caballeridad...

—Yo no he dicho «caballeridad» —lo interrumpió Barryn con rudeza.

—Disculpa, supuse que...

—Pues deja de suponer, ¿quieres? Esta es una historia que me contaron cuando era aún un niño, mucho antes de que pensara siquiera que me convertiría en caballero. Y aunque son muchas las cosas que me han ocurrido desde entonces, esta historia me ha acompañado a lo largo de los años. Ni que decir tiene que en la actualidad conmueve mi corazón más que nunca.

El semielfo garabateaba ya en su libro con rapidez.

—... más... que... nunca —repitió mientras escribía.

Barryn Warrex se recostó de nuevo en la piedra y asumió una actitud más reposada.

—Se refiere a los dos Árboles Entrelazados del bosque de Wayreth...

—¿Los Árboles Entrelazados? —lo interrumpió Aril, levantando la nariz del libro al tiempo que empujaba con el índice las gafas que se habían deslizado nariz abajo—. ¡He oído hablar de ellos! ¿Sabes su historia?

—Así es —confirmó Warrex, que hacía un esfuerzo evidente por mantener la calma—. Y eso es, mi locuaz amigo, lo que pienso contarte, siempre y cuando me des la oportunidad de hacerlo si permaneces callado un rato.

—Disculpa, disculpa, es que es justamente la clase de historia

que busco. Los Árboles Entrelazados, sí. Comienza, por favor. No diré una sola palabra más.

El caballero dirigió a Aril una mirada incrédula. Sin embargo, tal como había prometido, el miope semielfo guardó silencio y se limitó a inclinarse sobre su libro, con la pluma preparada.

Satisfecho, Barryn recostó la cabeza en la piedra. Entonces su expresión sufrió un cambio notable: sus ojos parecieron quedar desenfocados, con una mirada remota, como si contemplaran algo ocurrido muchos años atrás; ladeó la cabeza, como si escuchara una voz lejana en el tiempo; y, cuando habló, su voz parecía pertenecer a otra persona..., en un pasado remoto.

Hace mucho tiempo, cuando el mundo era todavía joven, había un artesano tejedor llamado Aron Tela de Rocío que vivía en una pequeña cabaña con techo de paja en las afueras de Gateway, donde las casas estaban separadas a tiro de piedra. Aron era viudo y tenía una hija, Pétalo, considerada, si no la más hermosa, sí una de las mujeres más bellas en kilómetros a la redonda. Pétalo era esbelta y delicada, sus ojos eran grandes y castaños y su cabello trigueño le llegaba al estrecho talle.

No es pues de extrañar que cuando Pétalo alcanzó la edad casadera llegaran hasta su puerta todos los jóvenes solteros que buscaban esposa. Los muchachos pasaban ante la cerca delantera simulando que daban un paseo y entonces, «por casualidad», reparaban en la joven que cuidaba del jardín y se paraban para charlar con ella.

—Hola, qué rosas tan bonitas —decían, por ejemplo.

Como es natural, Pétalo se sentía muy halagada ante tanta muestra de atención; dejaba los arreglos florales y empezaba a

coquetear con los jóvenes, consiguiendo con ello alentar aún más a los muchachos.

Aron, que hasta el momento había sido el más afectuoso y feliz de los padres mientras Pétalo crecía, se tornó taciturno. Dejó de sonreír y rezongaba de manera continua por todo. En una palabra: se sentía celoso.

La verdad es que al principio intentó enfocar la situación con complacencia. Al fin y al cabo, las atenciones que recibía su hija eran las correspondientes a una muchacha joven, hermosa y casadera, y Aron intentó fingir que estaba preparado para afrontar esta circunstancia.

Pero no podía remediarlo. En el momento en que uno de los posibles pretendientes de Pétalo aparecía frente a la valla del jardín y lo saludaba con un «hola» y un ademán, Aron se limitaba a responder con un gruñido o, lo que era más frecuente, hacía caso omiso del joven y se metía en la cabaña.

—Mira, Aron, no puedes frenar el curso de la naturaleza —le decían algunos vecinos.

El tejedor los escuchaba con educación, pero sólo porque además de ser sus vecinos eran también sus clientes. A decir verdad, le importaba un pimiento la naturaleza ni su curso ni sus opiniones. No soportaba la idea de que cualquier zagal enamoradizo se llevara a su única y preciosa hija. A sus ojos, Pétalo sería siempre la niña que reía y chillaba feliz cuando la hacía brincar sobre sus rodillas.

—¡A la porra con todo! —decidió—. ¡Me da igual lo que piensen los demás! ¡Me fastidia lo que está pasando!

A partir de entonces cogió por costumbre espantar a los muchachos con un bastón nudoso que tenía al alcance de la mano en todo momento.

—¡Largo de aquí! —gritaba, a la vez que salía de la casa y corría hacia la cerca. Perplejo ante el ataque, el joven en cuestión se alejaba a todo correr y dejaba a Pétalo junto a la puerta de la valla—. ¡Y di a esos patanes amigos tuyos que tampoco quiero verlos por aquí!

Estas escenas causaban una gran turbación a Pétalo.

—Papá, ¿por qué no pueden visitarme? —preguntaba, al borde de las lágrimas—. ¡Ya soy mayor!

—¡Porque...! ¡Porque no, y ya está! —replicaba Aron con el rostro congestionado y los nudillos blancos por la fuerza con que apretaba el bastón. Luego se daba media vuelta y entraba en la casa.

Pero ese «porque no» no era razón suficiente para Pétalo, que continuó alentando a sus pretendientes. Sólo tenía que guñar un ojo para atraerlos de nuevo como una flor fragante atrae a las abejas; no obstante, ninguno de los muchachos se atrevía a cruzar la cerca.

Desde su telar, que casualmente era un artilugio ingenioso aunque bastante ruidoso que funcionaba por medio de varios pedales y manivelas, el taciturno tejedor miraba a través de la ventana y vigilaba el comportamiento de su hija. Y vio el efecto que surtía en sus admiradores, que cada vez se volvían más atrevidos y algunos incluso se aventuraban a abrir la puerta de la valla. Al parecer, amenazarlos con un bastón ya no servía para ahuyentarlos; tampoco es que importara mucho, pues Aron empezaba a cansarse de tener que salir corriendo al jardín cada dos por tres. Así que, finalmente, llegó a la conclusión de que sólo podía hacerse una cosa: tendría que llevarse a Pétalo lejos de Gateway.

Eso fue lo que hizo. Metió su telar y demás posesiones en

una carreta, sentó a Pétalo en el pescante a su lado, y se pusieron en marcha, arrastrados por un cansado y viejo buey que le había prestado un amigo. Pétalo lanzó un hondo suspiro mientras agitaba la mano despidiéndose de todos sus pretendientes, que se alineaban al borde del camino, a la puerta de sus propias casas, para decirle adiós. Ellos respondieron con el mismo ademán y expresiones entristecidas.

Aron se llevó a Pétalo muy lejos. Dejaron atrás la calzada pavimentada y continuaron por una senda cuajada de matojos que los condujo hasta el bosque de Wayreth. En este punto, Aron tuvo que dejar atrás la mayor parte de sus posesiones, puesto que los árboles crecían tan juntos que no había espacio para continuar con la carreta. Tendría que hacer varios viajes para recogerlo todo, pero por el momento se cargó varios bultos a la espalda, cogió de la mano a Pétalo y los dos se internaron en el sombrío bosque.

Cuando llegaron lo bastante lejos, es decir, cuando el tejedor estaba demasiado exhausto para seguir adelante, soltó la carga en el suelo y anunció:

—¡Aquí! ¡Aquí será donde viviremos!

En efecto, en aquel mismo punto boscoso fue donde Aron construyó una nueva cabaña con troncos y techo de paja. Contaba con un cuarto pequeño para Pétalo, otro más grande para el tejedor y una habitación algo más espaciosa donde estaban la cocina, la mesa, las sillas y, por supuesto, el telar que había llevado hasta allí haciendo que lo arrastrara el buey antes de devolver el animal a su dueño.

Convencido de que, por fin, tenía a su hija en un lugar donde ningún joven la encontraría o que al menos estaba lo bastante lejos para desanimar a cualquier pretendiente, Aron reanudó

su trabajo en el telar. El estar instalado en medio del bosque de Wayreth, que tenía fama de ser mágico, tenía sus inconvenientes, ya que Aron se veía forzado a hacer largos viajes para visitar a sus clientes de Gateway. No obstante, valía la pena tales molestias a cambio de gozar de la paz de espíritu que le proporcionaba el saber que nadie le arrebataría a su hija.

Por su parte, Pétalo estuvo llorando días y días. Quería regresar a Gateway. Quería que sus pretendientes la cortejaran.

—Te acostumbrarás a vivir aquí —dijo Aron—. Pronto todo volverá a ser igual que antes de que empezara esa estúpida situación.

En efecto, los lloros de Pétalo cesaron, pero las cosas no volvieron a ser lo mismo. La muchacha se sentía sola y nunca sonreía ni se mostraba alegre.

—¿Qué te ocurre? —inquirió con brusquedad Aron un día, desde su asiento frente al telar, al fijarse en el rostro serio de su hija—. ¡Mi compañía te bastó durante todos estos años!

—Oh, padre. —Pétalo esparcía fragantes agujas de pino en el suelo de la cabaña e hizo un alto en su trabajo—. Aún te quiero, pero... eres *mi padre*. Ha llegado el momento de que ame a otro, como a mi esposo.

—¡Pamplinas! —exclamó el tejedor a la vez que hacía un gesto desdenoso con la mano—. ¡Tendrás tiempo de sobra para eso cuando yo haya muerto!

—¡No hables así! —protestó Pétalo, que tiró el resto de las agujas de pino y se acercó a su padre.

—¿Que no hable, cómo? ¡Un día ya no estaré aquí y entonces podrás divertirte con todos los jovencitos que quieras!

Sin añadir una palabra más, Aron le dio la espalda a su hija y reanudó su trabajo en el telar.

Las conversaciones giraban casi siempre en torno al mismo tema y acababan igual; la actitud de su padre le partía el corazón a la muchacha.

Llegó el momento en que Pétalo dejó de sacar a colación el asunto, que, dicho sea de paso, era lo que quería Aron.

Los días se hicieron rutinarios. Aron trabajaba en su telar de manera metódica y constante, y Pétalo cuidaba de la casa y el jardín. Apenas hablaban. La muchacha no perdió el aire de tristeza y el padre siguió sintiéndose inquieto a pesar de vivir apartados en el bosque: ¿y si uno de esos golosos moscones les seguía el rastro, a pesar de todo? ¿Y si toda la pandilla se presentaba ante su casa y empezaba a revolotear y zumbar ante su puerta?

O lo que era peor: ¿y si Pétalo se escabullía?

Esta última idea empezó a preocupar a Aron. No le quitaba los ojos de encima y ello tuvo por consecuencia que muchos hilos de la trama iban mal tejidos. Llegó a estar tan nervioso que, si no tenía a la vista a Pétalo y tampoco la escuchaba, se levantaba de un salto del telar con tanta brusquedad que tiraba la silla y empezaba a llamarla a gritos:

—¡Pétalo! ¡Ven aquí!

—¿Qué ocurre, padre? —respondía la joven, que regresaba a toda prisa a la cabaña llevando, por ejemplo, un cesto con setas que había estado recogiendo en el exterior.

Aron nunca contestaba. Le bastaba ver a su hija para recobrar la calma, levantaba la silla caída y reanudaba su trabajo.

Lo peor para Aron eran las noches. Durante esas horas tenía que dormir y por tanto no podía vigilar a la muchacha. Temeroso de que escapara, se pasaba las horas en vela yendo hasta el cuarto de su hija cada dos por tres para comprobar que seguía allí.

Siempre la encontraba acurrucada bajo la manta en el jergón relleno con fragantes agujas de pino.

Pero una cálida noche de verano, poco después de la media noche, Aron se asomó a la habitación de la muchacha y descubrió que el lecho estaba vacío.

—¡Pétalo! —llamó a voces mientras regresaba a la sala—. ¡Pétalo!

Ella, no respondió.

El tejedor salió corriendo al bosque envuelto en el manto de la noche, donde sólo algunos haces de luna alcanzaban el suelo al traspasar el espeso dosel de los árboles.

—¡Pétalo! ¡Pétalo!

No obtuvo respuesta, salvo el ulular de un solitario e invisible búho.

El tejedor estuvo recorriendo el bosque a trompicones durante el resto de la noche, llamando a su hija e hiriéndose al golpearse la cabeza con las ramas o al chocar contra los invisibles troncos.

Cuando por fin amaneció y el sol salió derramando sus tempranos rayos en el aire húmedo y despertando a los pájaros que empezaron a trinar y gorjear de inmediato, Aron estaba a punto de desmayarse por el agotamiento. Se había pasado toda la noche llamando y buscando.

Derrotado y angustiado, pero decidido a ir hasta Gateway para recobrar a su hija, volvió a la cabaña para coger su bastón.

Sin embargo, cuando llegó a la casa se encontró con que Pétalo dormía acurrucada en su lecho, tan inocente como una cierva.

Aron se frotó los ojos abotargados. Su corazón rebotó de alegría. ¿Sería posible que, abrumado por la preocupación, no la hubiese visto tendida en el lecho la noche anterior? Todo parecía

estar en orden..., salvo unas pequeñas manchas de humedad, más bien unas huellas, que llegaban hasta la cama de Pétalo, advirtió Aron. Aunque era algo extraño, el tejedor no le dio mucha importancia. Se sentía feliz de tener a su hija. Se dijo que trataría de ser más amable con ella de ahora en adelante, pues lo último que deseaba era que su brusquedad la hiciera marcharse de su lado.

Aquella mañana, cuando la muchacha despertó, Aron se mostró más jovial mientras desayunaban. Este cambio de actitud sorprendió a Pétalo, pero la muchacha lo aceptó complacida. También ella parecía más feliz.

—¿Te das cuenta? —dijo Aron mientras sorbía el té—. ¿Ves lo fácil que nos resulta ser amigos?

—Sí, padre. Te pido perdón por actuar como una niña mimada —respondió la muchacha.

—No, no, soy yo quien debe disculparse. Me he comportado como un ogro.

—Sólo porque me quieres. Ahora lo comprendo.

Aron alargó la mano y le dio unas suaves palmaditas en la cabeza; el cabello rubio de la muchacha estaba algo húmedo. Pero tampoco esta vez le dio importancia al asunto. Durante el resto del día, el tejedor trabajó en el telar silbando alegre en tanto que Pétalo tarareaba mientras cuidaba el jardín en el que, por cierto, no crecían tan bien las plantas como en el de Gateway al estar a la sombra del bosque.

De todos modos y a pesar de esta aparente situación amable y placentera, al llegar la noche Aron dio vueltas y más vueltas en la cama sin lograr conciliar el sueño; de nuevo estaba convencido de que su hija había desaparecido la noche anterior. Además, aquellas manchas de humedad en el suelo lo tenían perplejo.

No pudo evitarlo. Aron se levantó del lecho. Tenía que asegurarse. Pero no quería que su hija supiera que la vigilaba, pues entonces se enfadaría de verdad con él. Así pues, se dirigió de puntillas, en silencio, al cuarto de Pétalo.

No estaba allí.

Lo embargó una cólera creciente. Salió corriendo de la cabaña. Iba a gritar el nombre de su hija cuando, a la luz difusa de la luna que se colaba entre las copas de los árboles, divisó el flotante vestido blanco de la muchacha un instante antes de que desapareciera entre dos inmensos tulíperos.

Aron estuvo a punto de llamarla, pero se contuvo en el último momento. ¿Acaso iba a reunirse con alguien? Tenía que enterarse. Decidió seguirla y cogerla *in fraganti*. Regresó al interior de la cabaña y cogió el bastón; segundos después salía corriendo para alcanzar a su hija.

Pasó entre los dos tulíperos y se encontró en una senda que ni siquiera sabía que existía. Era estrecha y estaba casi cubierta de frondosos helechos, pero la iluminaba perfectamente la luz de la luna llena, ya que había una brecha en el dosel del bosque que seguía el mismo trazado de la senda.

Aron no divisaba a su hija, pero avanzó por el sinuoso sendero, convencido de que lo llevaría hasta ella. Caminó a buen paso, sin hacer demasiado ruido. Todo era bosque a su alrededor, y sólo los árboles más cercanos a la senda estaban iluminados de manera parcial y sus troncos oscuros y grises le marcaban el camino. Más allá, el bosque estaba sumido en sombras; y, aún más allá, la oscuridad era total.

El croar de las ranas se hizo más nítido, y poco después el tejedor llegaba a un pequeño claro en cuyo centro había un estanque. Pétalo se encontraba a la orilla del agua, cerca de un dique de castores; la luz espectral del cielo bañaba su vestido blanco. Durante unos segundos

la muchacha no hizo nada, salvo contemplar las aguas oscuras en cuya superficie flotaban infinidad de nenúfares, con sus blancas flores abiertas a la luz de la luna. Entonces habló con voz queda.

—Mi amor, mi amor, llévame a tu casa.

Acto seguido, algunos de los nenúfares se hundieron bajo la superficie, como si tiraran de ellos. Pétalo se quitó el vestido y caminó hacia el agua. Avanzó hacia el centro del estanque, apartando a su paso los nenúfares. El agua fue cubriendo poco a poco sus esbeltas piernas, alcanzó el fino talle y subió más aún al inclinarse ella hacia adelante. Aron estaba desconcertado, sin alcanzar a comprender lo que ocurría. Pero, cuando vio a su hija en el estanque sumergida hasta el cuello y la rubia melena flotando en el agua, salió de su escondite a toda carrera.

Demasiado tarde. La cabeza de la joven desapareció bajo la superficie, su cabello flotó un instante mas y después también se hundió bajo el agua.

—¡Pétalo! ¿Qué haces? —gritó el tejedor—. ¡Pétalo!

Aron corrió por la orilla del estanque de un lado para otro mientras escudriñaba para atisbar algo a través de las oscuras aguas. Pero todo cuanto vio fue el reflejo de la blanca y redonda luna y su propia silueta. Por último, saltó al estanque.

El agua estaba fría y era tan negra que no le permitía ver nada. Salió a la superficie para coger aire y después se zambulló más hondo manoteando ciegamente en el agua, arrancando los tallos de los nenúfares y espantando a unos pocos peces. Al fin, cuando ya estaba tan agotado que a poco se ahoga, Aron se arrastró hacia la orilla y se desplomó en el suelo. Allí mismo se quedó dormido, agitando brazos y piernas como si todavía estuviera buceando, hasta que se despertó con el sol y los trinos de los pájaros.

Convencido de que su hija se había ahogado, el tejedor regresó a la cabaña con la idea de quitarse también la vida dándole vueltas en la cabeza. Pero cuál no sería su sorpresa cuando al llegar a casa encontró a su hija acurrucada en su lecho, como si no hubiese ocurrido nada.

Aron sacudió la cabeza. Casi se había convencido de que lo había soñado todo cuando, de pronto, se fijó en las manchas de agua que se dirigían hacia la cama de Pétalo.

Aunque rebosante de alegría, el tejedor también estaba furioso. Iba a sacudir a su hija por el hombro para despertarla cuando lo pensó mejor. «No, dejemos que sea ella quien se confiese por propia iniciativa. Así será mejor.»

¿Pero confesar qué, exactamente? ¿Que había salido a darse un baño nocturno? Seguramente era eso lo ocurrido. Seguramente no había nada, ni nadie, esperándola en el estanque.

Aun así, en el bosque de Wayreth nunca se sabía.

En consecuencia, Aron aguardó durante todo el día a que su hija le contara lo sucedido. La estuvo observando desde su telar, pero la muchacha no hizo otra cosa que llevar a cabo sus tareas con actitud alegre.

«¡De acuerdo! —pensó Aron, frustrado—. ¡Que crea que ha engañado a un estúpido viejo! ¡La pillaré en el momento oportuno!»

Durante el resto del día, el tejedor actuó como si no pasara nada. Sonreía a su hija, mantuvo una conversación agradable durante la comida y la cena y se comportó como si no le estuviera dando vueltas a una idea..., aunque, mientras trabajaba en el telar, su mente discurría un plan. Luego, a última hora de la tarde, pero más temprano que de costumbre, anunció:

—Estoy cansado. Creo que voy a acostarme.